

BIBLIOGRAFÍA

naturae que tiene la cultura desde una perspectiva clásica) y la nueva capacidad transformativa que ha descubierto el ser humano (simbolizada en la industria, especialmente del automóvil, y en la vulgarización del arte –con la aparición del cinematógrafo– o de la liturgia) que rompe con el mundo de la naturaleza (la *fábrica* se alza entre casas que antes eran armónicas en su caos) y, en consecuencia, con el mundo habitado por el hombre (carta 1ª); cultura y naturaleza dejan de estar unidos para ser dos extraños, haciendo que el hombre comience a vivir en la abstracción, esfera más de artificio que de vida (2ª); el concepto y la forma –la universalización que iguala en lo genérico anulando las diferencias– erradica el ámbito propio del *espíritu*, caracterizado como esa *generalidad viviente que toma el objeto en su vida concreta* (3ª); la necesidad de un ámbito de inconsciencia para que la vida sea vida propiamente de hombres (4ª) o las dos maneras de dominar la realidad –vivir en el objeto, descomponerlo para sojuzgarlo– (6ª) son algunas de las principales líneas temáticas que dan unidad y cuerpo a esta obra. Quizás, en la perspectiva de quienes han visto el correr de la historia desde el año 1923 hasta el presente, las conclusiones que adopta Guardini puedan parecer un poco ilusorias (cfr. 9ª), pero lo que me parece indudable es que sus análisis de lo preocupante de una situación todavía en germen son altamente explicativos de una serie de disfunciones que de un tiempo a esta parte se han criticado con gran fuerza desde lo que se ha dado en llamar *pensamiento ecológico*. La clave de un pensamiento de este tipo, desde el punto de vista de Guardini, estriba en no perder de vista que el hombre, al tiempo que supera la naturaleza en la cultura, debe mantenerse en contacto con esta misma naturaleza si es que le interesa conservar lo que su misma cultura tiene de *humano*. Por eso me parece que esta obra de Guardini, junto a la belleza de su forma, es tremendamente actual e ilustrativa en su temática.

Javier de Aranguren

Hughes, Glenn: *Mystery and Myth in the philosophy of Eric Voegelin*. University of Missouri Press. Columbian, 1993, 131 págs.

Este libro pretende ampliar la comprensión crítica de la entera filosofía de Voegelin, por medio de un estudio explícito y sistemático del tratamiento que se da en ella a los tópicos del misterio y el mito. Quiere, con ello, llenar un vacío en la bibliografía sobre Voegelin, en temas que –con razón– juzga centrales.

La necesidad de exponer los pre-supuestos de comprensión de los mencionados tópicos obligó a Hughes a presentar brevemente la teoría voegeliniana de la conciencia y de la historia. A esto dedicó tres de los

cuatro capítulos en que dividió su obra. (“The theory of consciousness”, “The question of the ground” y “The drama of history”). El cuarto se consagra al tema central (“Mystery and mythos”).

Yo diría que por debajo del señalado propósito formal, puede percibirse que lo que inspira más íntimamente a estas páginas es la necesidad de comunicar un descubrimiento. El hallazgo hecho por su autor de una respuesta (la voegeliniana) contundente y profunda al intento moderno de privar al mito de toda autoridad y de reducir la comprensión humana al plano crítico-racional de las ciencias sujeto-objetivas, a lo que puede ser controlado por el hombre.

Hughes percibe en los estudios de Voegelin cómo la concepción del misterio se ha ido haciendo más profunda a lo largo de la Historia (en Occidente, sobre todo por la Filosofía griega y las revelaciones judeo-cristianas p. 57); cómo lo sagrado se ha ido separando del universo físico para ocupar, en la imagen humana del Todo, de la realidad, el lugar preeminente que le corresponde: el lugar del fundamento que causa todo lo físico, al tiempo que lo trasciende; y que le da su sentido a través de la conciencia del hombre. También descubre, Hughes, que la pregunta por el fundamento es una constante en la existencia humana y que, de hecho, quienes pretenden responderla postulando causas intra-humanas, físicas, no hacen más que sostener explicaciones de la realidad semejantes a los cosmologismos superados hace mucho tiempo (p. 65, por ejemplo), que no separaban lo divino del mundo espacio-temporal.

Salvado el lugar del misterio en la concepción de lo real, apunta Hughes, Voegelin hace patente que es preciso recurrir al mito para su simbolización. En efecto, las representaciones crítico-racionales no alcanzan a lo que trasciende el espacio y el tiempo; y, como el misterio está presente en la vida humana, es un hecho que no puede prescindirse del mito y que este tipo de simbolización está siempre presente en cualquier cultura. También en la era moderna, por cierto, aunque de modo inconsciente (pp. 112-113). Pero el mito puede ser más o menos adecuado para representar el misterio. Hughes llega a sugerir que el mito más adecuado es, a juicio de Voegelin, el paulino (pp. 86-87 y 112). Pero aclara luego que los mitos no deben entenderse de modo “literal”, como si se refirieran a “entidades” (Dios, por ejemplo). Ellos no deben pretender haber alcanzado una verdad definitiva, sino una simbolización –adecuada al contexto histórico-cultural– de la realidad, de un Todo del que no puede separarse como entidad independiente ninguno de sus aspectos. Lo cual, por cierto, no priva a los mitos de toda pretensión de verdad: ellos no representan objetos, pero –como toda buena obra de arte– sí constituyen una apelación de la realidad (p. 110).

El descubrimiento por parte de Hughes de una defensa lúcida del misterio y el mito es el núcleo de la obra que constituye el objeto de la presente reseña, como ya dije. Ese centro está sostenido por una

BIBLIOGRAFÍA

exposición sumaria y clara, que usa un lenguaje bastante sencillo, de todos los supuestos que el autor consideró relevantes. Hughes, además, tiene la virtud de buscar en la noesis voegeliniana no un conocimiento decorativo, sino una explicación de su propia conciencia (p. 52) y una orientación para su vida (p. 104, por ejemplo). Y busca en Voegelin no por casualidad, sino porque considera que es el filósofo que da una respuesta más convincente al reto planteado por la des-divinización del mundo obrada por la Modernidad (pp. 9-10 y 108-116). Con razón encuentra una importante cercanía entre Heidegger y Voegelin, pero piensa que el segundo es más grande que el primero (pp. 11-13 y 116).

Todo lo dicho hace de la obra de Hughes una fuente importante de orientación en el estudio de la filosofía de Voegelin. Sin embargo, a mi juicio, este trabajo adolece de un par de defectos, que no quiero dejar de señalar.

El primero y más importante estriba en que no destaca suficientemente que *toda la visión de lo real* (también la dimensión intencional de la conciencia) brota, según Voegelin, de experiencias existenciales que se dan *en la acción* y que pretenden ordenar o dar eficacia a la acción. Ciertamente Hughes hace alguna alusión a que el mito debe guiar la acción (por ejemplo, p. 75), pero es marginal y no aclara que el mito surge de la acción.

El segundo consiste en que tampoco se subrayó bastante la dimensión institucional de la realidad, tal como la concibe Voegelin. Para éste, toda verdad colectiva (como el mito, por ejemplo) constituye esencialmente el alma de una sociedad, sea ésta una polis, un Estado, una civilización, un Imperio o una ecumene: no puede entenderse la verdad sin su incorporación en estructuras políticas. Este defecto hace incurrir a Hughes en diversos errores de perspectiva histórica. Así, por ejemplo, no percibe que la filosofía de Voegelin es, fundamentalmente, una respuesta a los problemas políticos *de Europa*; ni que la tradición islámica no está integrada en la civilización occidental (p. 58); ni que para Voegelin el mito paulino es insostenible después de la Ilustración; ni que la crisis de espíritu que se produjo en la ecumene mediterránea antigua fue resuelta por los imperios civilizaciones de la Cristiandad, el Islam y la Ortodoxia y que –por ello– la crisis moderna es distinta de la antigua (p. 75), etc.

Carlos A. Casanova

Juan de Herrera: *Institución de la Academia Real de Mathematica*, Edición y estudios preliminares de José Simón Díaz y Luis Cervera Vera, Instituto de Estudios Madrileños, Madrid, 1995.

Un fortuito descubrimiento, si es que pueden llamarse fortuitos a estos hallazgos, ha proporcionado el conocimiento del plan y objetivos